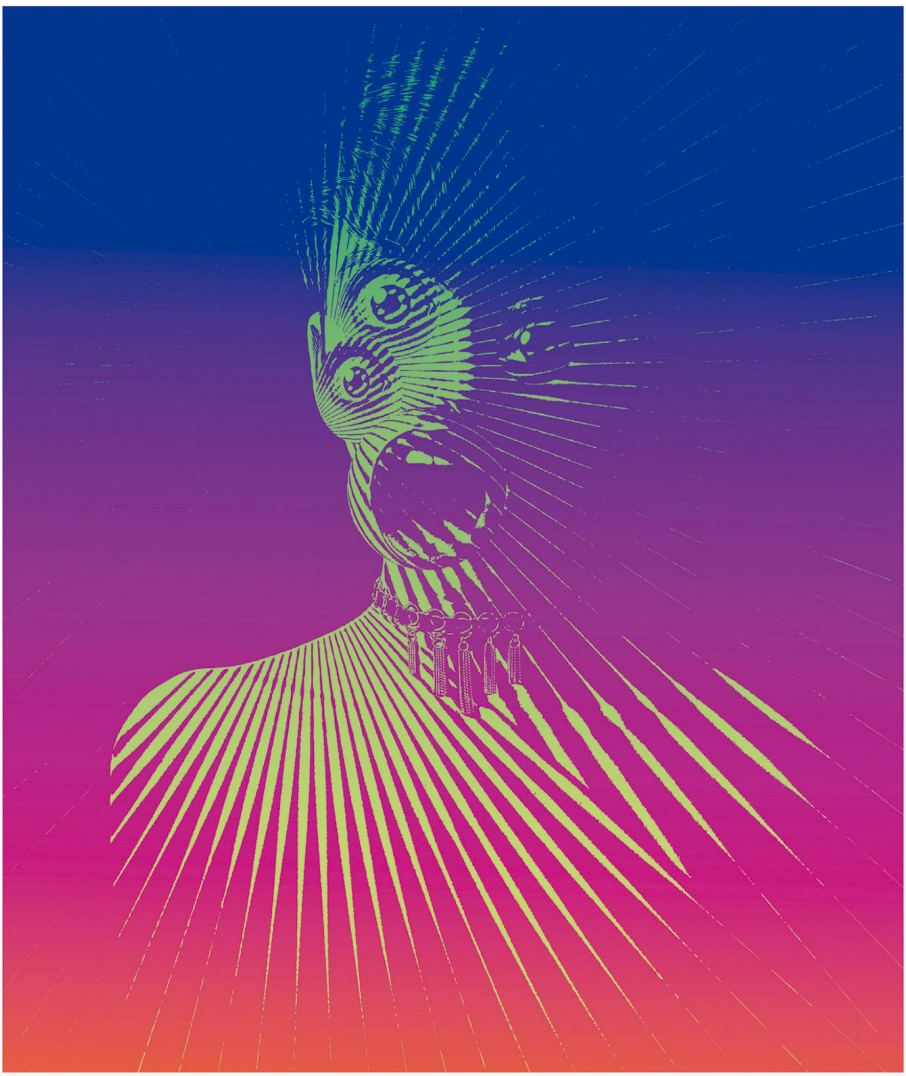
Seix Barral

Angélica Gorodischer

Mala noche y parir hembra

Prólogo de Liliana Viola



Seix Barral

Angélica Gorodischer

Mala noche y parir hembra

Prólogo de Liliana Viola

Sigmund y Bastien

Parece que por los años 1500 y tantos, Fray Bastien de Montemayor y Eguiluz, que era gordezuelo y aficionado a la música y a la composición literaria, y que seguramente se las traía porque antes de ser fray había sido cosas mucho menos recomendables, de esas que sirven precisamente para arrepentirse al doblar el codo de los cincuenta, aprovechar la caída del pelo en la coronilla, tonsurarse y hacerse fraile, escribió en un opúsculo, dedicado como era de esperar a sus sobrinas, aunque habemos quienes abrigamos hondas sospechas acerca de las tales sobrinas, que «el hombre prudente aprende a cuidarse y huir de hembras soñadoras y fantasiosas»; y que «por todo lo contrario allégase a mujer práctica y cumplidora tanto del deber cotidiano que correspóndele hacia hogar y familia cuanto del que le es menester para ganar bienaventuranza eterna».

Si este comienzo les recuerda a cierto gran escritor, no en el estilo, líbreme el cielo de semejante pretensión, y sí en la cita de viejos librotes improbables pero no por eso menos contantes y sonantes, lamento comunicarles que efectivamente, que así es, que la memoria no les engaña. Y

comunico también, ya que estamos, que el asimismo improbable pero no menos verdadero Fray Bastien, que debe haber sido una buena pieza, me vino muy bien a propósito de lo que he de contar después. El padre Freud también hubiera tenido cierta utilidad, como de costumbre, pero no hay duda de que tiene mucho más predicamento un benedictino del siglo XVI que muy pocos conocemos que el fundador del psicoanálisis a quien conoce todo el mundo y que está ahí nomás, como quien dice anteayer.

Adviértase que el afrancesado y rubicundo fraile (¿qué es eso de Bastien, vamos a ver, si hubiera podido ser derecha y castizamente Bastián, y mejor aún, Sebastián?) habla de «hembras» soñadoras pero de «mujeres» prácticas, y aquí sí que el padre Freud, para no meternos con Monsieur Lacan, hubiera tenido bastante que decir.

Parece también que Fray Bastien sabía qué paño estaba cortando, y que sus tres sobrinas, huérfanas de padre, provistas de generosas dotes, hijas de una señora cuyos apellidos tanto de soltera como de casada no coincidían con el del religioso, qué cosa, casaron con caballeros importantes, ricos, serios, barbados y ventripotentes; y que fueron convenientemente felices, que engordaron, tuvieron montones de hijos, hidropesía, várices, aerofagia y herpes zona, y que murieron en olor de santidad y alcanfor. Y no parece sino que es seguro que las mujeres de hoy en día, o para hablar con exactitud, las hembras fantasiosas de hoy en día desconocedoras del sabroso opúsculo cuyo título desdichadamente he olvidado pero sé que es comiquísimo, dedican una considerable parte de su tiempo a ensoñaciones que en el mejor de los casos son improductivas y que en el peor acarrean funestas conse-

cuencias para ellas y cuantos las rodean, como se verá a poco que se reflexione sobre lo que se ha de leer.

Es mi deber avisarles por eso, señoritas, que imitando estas desaprensivas costumbres nunca van a conseguir maridos como los de las tres sobrinas del benedictino, y que van a tener que conformarse a último momento, cansadas de recorrer cafés de moda, aulas de facultades, playas, exposiciones y confiterías bailables, con algún jovencito huesudo enfundado en jeans y remera y montado en Yamaha o Kawasaki o Suzuki o alguna de esas cosas japonesas y veloces. Adónde vamos a parar, digamé un poco.

Las sobrinas de Fray Bastien no soñaban, claro que no: no interrumpían el bordado ni quedaban con la aguja enhebrada con hilo color rosa viejo suspendida sobre el bastidor, reclinadas en el duro sillón de guadamací brocado, los ojos perdidos en la lejanía, los oídos sordos a la dama de compañía que leía en voz alta la vida de Santa Angradema virgen para alegrarles las horas hasta que llegara el rezo de la tarde, tratando de escapar aunque fuera con el pensamiento a sus destinos de inmanencia ni de romper los lazos que las mantenían atadas a la especie. Véase Simone de Beauvoir. Nada de eso: las tres muy prácticas y muy cumplidoras damas tenían hijos cada diez meses y medio, veneraban la memoria de su muy amado tío, manejaban sus hogares con firmeza, perdonaban a sus maridos las infidelidades de las que se enteraban por algún alma generosa, lloraban a sus muertos, espiaban la calle desde atrás de los postigos entornados, castigaban a las criadas y apretaban con mano firme los cordones de la bolsa.

Contrapóngase a estas vidas dignas de alabanza la de esa señora joven que vive en el 5° D a quien llamaremos solamente Marcelina y que tiene un marido encantador parecidísimo en todo a los de las sobrinas del autor del opúsculo salvo en que no es caballero sino alto empleado de una compañía envasadora de alimentos y en que no se deja la barba porque dice que eso es de afeminados, valga la contradicción. También tiene Marcelina tres chicos inquietos y vocingleros, un departamento, interno pero muy bonito, un auto, un tapado de piel que no se le arruina porque como el marido sostiene que una madre se debe exclusivamente a sus hijos ella no va a ninguna parte así que no se lo pone nunca, un televisor nuevo para las transmisiones en color y un equipo importado de audio.

Y contrapóngase a aquellas vidas sin tacha la de esa otra señora joven a quien llamaremos solamente Agnès que vive seis meses en Niza y seis meses en París, que tiene un marido del que no se sabe si es encantador o no pero que de tan discreto aparece solo cada treinta días y eso en la firma de un cheque de seis cifras; una villa en Cala d'Or, un departamento en el sixième, una casa a dos pasos del Mediterráneo, tres autos, siete tapados de piel que sí se le arruinan así que hay que andar reponiéndolos constantemente, una cuenta numerada en un banco suizo, joyas en cajas fuertes de bancos de otras nacionalidades y así por el estilo.

Ellas dos sí que sueñan, Marcelina y Agnès, y se dicen a sí mismas que no lo pueden evitar. También se dicen a sí mismas, Marcelina, que no puede dejar de fumar, de comerse las uñas ni de gritarles a los chicos, que a veces le parece que se va a volver loca y que quizá le vendría bien

consultar a un psicoanalista; Agnès, que no puede dejar de fumar, de tomar demasiadas pastillas para dormir y demasiados cocktails, que le parece que se está volviendo loca y que quizá no le vendría mal ir a ver a ese psicoanalista tan famoso, cómo le dijeron que se llama, en Londres.

—Me gustaría estar en Niza —fantasea Marcelina mientras la heladera gotea no en donde el fabricante supone que debe gotear una heladera que se descongela sino en el crisper de la verdura, en el suelo y en cualquier lado—, en la playa, al sol. Me gustaría no tener en la mano un trapo inmundo sino una copa de cristal, alta, finita, con una bebida helada adentro y una fruta colorada y brillante en el fondo. Me gustaría no tener hijos, ser divorciada, mirar a los hombres que pasan mientras me tuesto al sol en verano en Niza y no en este invierno asqueroso acá con todo el mundo resfriado y a mí que me pica la garganta, dónde dejé los cigarrillos. Me gustaría no tener nada que hacer, nada, nada, absolutamente nada, ni cocinar, ni poner los sweaters en remojo, ni ir a buscar a Pablito al jardín de infantes, de paso tengo que comprar detergente y papel higiénico, ni hacerle las nebulizaciones a Javier, que va a llorar como un loco, ni tener que pasarme el día adentro con todo cerrado, ni pedir hora con el pediatra, ni pensar en lo que tengo que comprar mañana en el supermercado, ni mirar el reloj, nada. Yo estaría allí al sol en verano en bikini con los ojos cerrados al calor y todos me mirarían y alguien me diría madám, ¿se sirve otra copa? Bueno, sí, diría yo, bien helada por favor. Bien sûr madám. ¿Se decía bien sûr?, qué se yo, y preguntaría ¿quién es ese?, tan bronceado, tan rubio; y me dirían que es uno de los Rothschild. Ay qué aburrido, diría yo,

¿otro más?, decididamente esa familia me está resultando abrumadora. Y pensaría en qué podría hacer esta tarde y no tendría ganas ni de comer ni de fumar ni de nada; me bastaría con el sol y con no tener que mirar el reloj y así pasarían despacio las horas y cuando el sol ya no entibiara me iría y me cambiaría y me pondría un vestido blanco que me quedaría tan bien sobre la piel oscurecida y las sandalias blancas y una pulsera de oro y nada más. Y alguien vendría a buscarme y cenaríamos en un jardín sobre el mar y me diría ¿qué hacemos todavía acá?, y sería medianoche.

—Me gustaría estar en cualquier otra parte —se dice Agnès—, protegida, encerrada, no expuesta como en una vidriera para que todos me miren a ver si llevo la misma bikini que ayer o si mis sandalias son italianas o quién se me acerca. Me gustaría no tener como siempre una copa en la mano sino otra cosa, lo que fuera, una cuchilla de cocina, un colador, un trapo de piso. Me gustaría tener chicos y un marido que viniera a almorzar y entrara hambriento preguntando qué hay de comer, y no tener que salir nunca y quedarme en casa abrigada en el invierno, llena de responsabilidades y horarios y cargas y obligaciones que hicieran pasar el tiempo rápidamente, un día después del otro, una hora después de la otra, sin que yo me diera cuenta. Me gustaría levantarme temprano en lo oscuro, muy despacito para no despertar a nadie, mirar el reloj, ¿qué hora es, qué hora es?, hacer el desayuno, leche tibia para los chicos, café fuerte bien caliente para mi marido y tostadas, y dulces hechos por mí, y lo despertaría, apurate que se te hace tarde, y él diría me parece que la nena tiene fiebre, ¡ay!, diría yo, ¿fiebre?,

voy a llamar al médico. Y él se iría y yo cocinaría y limpiaría y vendría el médico y me diría no es nada, señora, no se aflija, y entonces yo no me afligiría y cantaría y a la tarde vendría mi marido y nos asomaríamos al balcón pero diríamos hace frío afuera, ¿qué estamos haciendo acá?, y nos iríamos adentro y besaríamos a los chicos y nos iríamos a dormir.

Marcelina declaró que estaba apoyada contra la heladera abierta, que goteaba, con un trapo en la mano, cuando entró el marido y le dijo:

—¿Pero se puede saber qué pasa? ¿No lo fuiste a buscar a Pablito? ¿Te das cuenta de la hora que es? Vengo cansado y con hambre y por lo visto no hay nada de comer. ¿Qué estás haciendo acá?

Y que ella no se acordaba de nada más salvo de que estaba arrodillada con la cuchilla en la mano y que ahora era sangre también lo que goteaba. El abogado y la junta médica sostuvieron que había perdido momentáneamente la razón. El marido no dijo nada porque la primera cuchillada lo alcanzó en la yugular.

Agnès declaró que no habían tenido ninguna discusión, que habían tomado mucho pero no más de lo acostumbrado, que él se había puesto de pie y le había dicho:

—¿Qué estamos haciendo todavía acá? Es medianoche —y le había sonreído.

Y que ella se había acercado a él, que estaba junto al parapeto, y que no se acordaba de nada más. El abogado y los médicos dijeron que estaba intoxicada por el alcohol y las pastillas que tomaba a diario para dormir y que había perdido momentáneamente la razón. Jacques, primo lejano de los Rothschild, no dijo nada porque se desnucó

contra las rocas once metros más abajo de la terraza sobre el mar.

A Marcelina le dieron tres años considerando que no había sido totalmente responsable de sus actos y salió a los seis meses por buena conducta.

A Agnès le dieron cinco años en un instituto modelo de rehabilitación para pacientes psicóticos, sección femenina, y salió al año por buena conducta y satisfactorios resultados de los estudios psiquiátricos.

Al padre Sigmund y a Fray Bastien les dieron seis estantes y un anaquel respectivamente en la biblioteca pública que queda a la vuelta de mi casa.